

Poemas

Carlos Martínez Rivas

Los fragmentos del poema que lleva por título El paraíso recobrado, no formaban parte de la edición original de La insurrección solitaria, publicada en la editorial Guaranía (México, 1953). Aparecen, en cambio, en la edición que hizo la editorial Nueva Nicaragua (1982) de este único libro de Carlos Martínez Rivas. "Pentecostés en el extranjero" y "Memoria para el año viento inconstante" forman parte del libro. Los demás poemas fueron tomados de revistas nicaragüenses, y constituyen trabajos relativamente recientes del poeta.

El paraíso recobrado

Primera escala • Antes del aire

Abandona tu patria y tu parentela y ven
a un país que yo te mostraré.

Génesis, XII, 1

Día y noche golpeaba al pie de tu sonrisa.
Pero tú no me oías. Te llamé con abejas...
y nada. Con gorriones ... tampoco. Con caballos ...
y tu pecho seguía cerrado.

Hasta que un día,
cuando todo era inútil y la cosa parecía perdida,
se me ocurrió llamarte a tí contigo misma.
Y por medio de tí llegar a ti. Y di en el clavo.

Fue leve, como un zarpazo de violeta,
como un puñetazo de abanico. Pero sonó la aldaba,
rechinaste ... y te fuiste abriendo toda,
como una puerta, y penetré en tu nombre.

Por eso, y desde entonces:

Para el día y la noche.

Para los dolorosos y quebrantados ojos
que dejaste perdidos. Para todos los días
y todas las noches de la vida. Para que el mar y el fuego
te coronen y tejan para ti una guirnalda.

Para que el viento venga. Para que el vino venga
y te diga: "Levántate y anda!
Corta un racimo de uvas, y sígueme".

Para que pidas todo lo que te dé la gana:
El laurel,
el espejo,
la guitarra.
El lirio
blanco como una niña después de un accidente.
El árbol,
la pianola,
el reloj,
la naranja.
El paisaje que espera en el fondo del vaso
dar de beber al ojo lo que no bebió el labio.
El frutero en donde cabe todo el verano,
y el sofá dentro de una pecera con violines.

La fuente donde el líquen sueña sus catedrales.
El clavel que en el tallo se enciende como un fósforo
y el pájaro que sueña atonillado a un trino.

En fin para que todas las cosas de la tierra.
Para que todas las cosas trémulas y hermosas de la tierra,
descansen en el hueco
de cada una de esas manos tuyas que yo amo
y en doble arroyo lleguen hasta tu boca pura;
te levanté una rosa lo más alto que pude.
Te he construido una casa sitiada por la espuma.
Pon el oído en esa rosa, y oye lo que su olor te dice.
Húndete en esta casa que te hice, y hábitala.
Y bébete esta copa de agua con golondrinas.

Porque tú ... Pero espera. No vayamos tan lejos.
Creo que ya va siendo hora de que me explique.

Yadira, aquí me tienes:
solo, como los monogramas en los pañuelos.

Y desde Granada, desde el Colegio.
Sobre mi ventana que da al Lago de Nicaragua,
y en esta hora, te recuerdo, y pienso:

Era entonces en San José de Costa Rica ...
En el Barrio Amón, y en la misma esquina de tu casa,
de tu casa con barandas ...

Ahora ya de lejos,
toda la ciudad cabe en tu pequeño nombre.
Y por eso, hasta las cosas más pequeñas, todo,
lo tomo y lo empujo hacia tí para que brille.

Me refiero a las vueltas alrededor del parque,
a los discos en moda de ese tiempo;
a las interminables partidas de ping pong
en el asueto de los sábados por la tarde.
A tus vestidos con un barco bordado en la bolsa,
y a los paseos en bicicleta
por los alrededores de la capital ...
Cosas que no valen la pena,
pero que yo las canto –y lo hago ardientemente–
porque en torno de esto hay algo tuyo que se reúne:
un desprendido pétalo que llega de tu cielo.
Un pedazo de espuma caído de tu espuma.
Un resto de palomas, una pelusa de alma.
Pero es el caso que yo no me conformo con eso.
Que ninguno de nosotros puede conformarse con eso.

Porque tú no eres únicamente
esa niña que juega ping pong, sonrío,
y se vuelve manzana cuando cumple quince años.
Hay algo más en tí. Esa tu otra tú
que te aguarda en el sueño de tu desnudo puro.

Y a esto es, precisamente, a lo que vengo:
vas a emprender un viaje que nunca habías hecho.

Conmigo. Tú y yo, solos. Nosotros dos, volando
hacia los otros dos nosotros que nos esperan
allá, sobre las nubes de luz fría,
entre un camino de lámparas, paseándose,
altos, eternos y definitivos.

Prepárate. Iguala
tu reloj de pulsera con el reloj del aire.

Y ahora mismo, mientras todos bailan,
y en tu puerto el alcalde y el comandante juegan
una partida de ajedrez para mientras llega el barco,
tú y yo nos vamos.

Deja que todo quede como está, en desorden.
Y date prisa. Tenemos todo el día por delante
pero el camino es largo.
Llegaremos allá cuando las estrellas brillen.

Prepárate para el salto.
Y que el aire sea con nosotros
Listos.
A la una ...

a las dos ...

y a las ...

tres!

Pentecostés en el extranjero

Antaño, en la época de las participaciones,
después del tiempo pascual con sus cincuenta días
bien contados y plenos en su liturgia triunfante
(tal cual se nos presenta hoy bien estudiada y mal vivida)
el domingo siguiente a la luna llena del equinoccio de primavera;
el suceso tenía lugar:

Sobre el fondo en pan de oro
la ronda felina de las llamas
desvaneciéndose renaciendo
y una nueva forma de persuasión
en boca de esas gentes.

Lo claro
y lo oscuro. El murado y voluntarioso con ceño de diamante
y el indefinido murmullo que se resigna fondo,
se conciliaban.

Hoy, el Espíritu Santo ya no es pan común
sino que cada uno oye al del otro, extraño al suyo,
zurear a su lado. Y ante cada rostro
afirmándose la semejanza de otro rostro.
Y nombres propios.

Tortuosa, sonsacona, la zagala.
Detractor el prójimo rechinando a tu vera.
Difícil cada vez más la poesía. Y ni siquiera
el día bueno: frío, nublado. Sin el menor rastro de fuego.

Pero seguimos esperando. Con fé
no exenta de cinismo esperamos
el día de mañana
para contradecir al de hoy.
A su golpe vacío.

Así

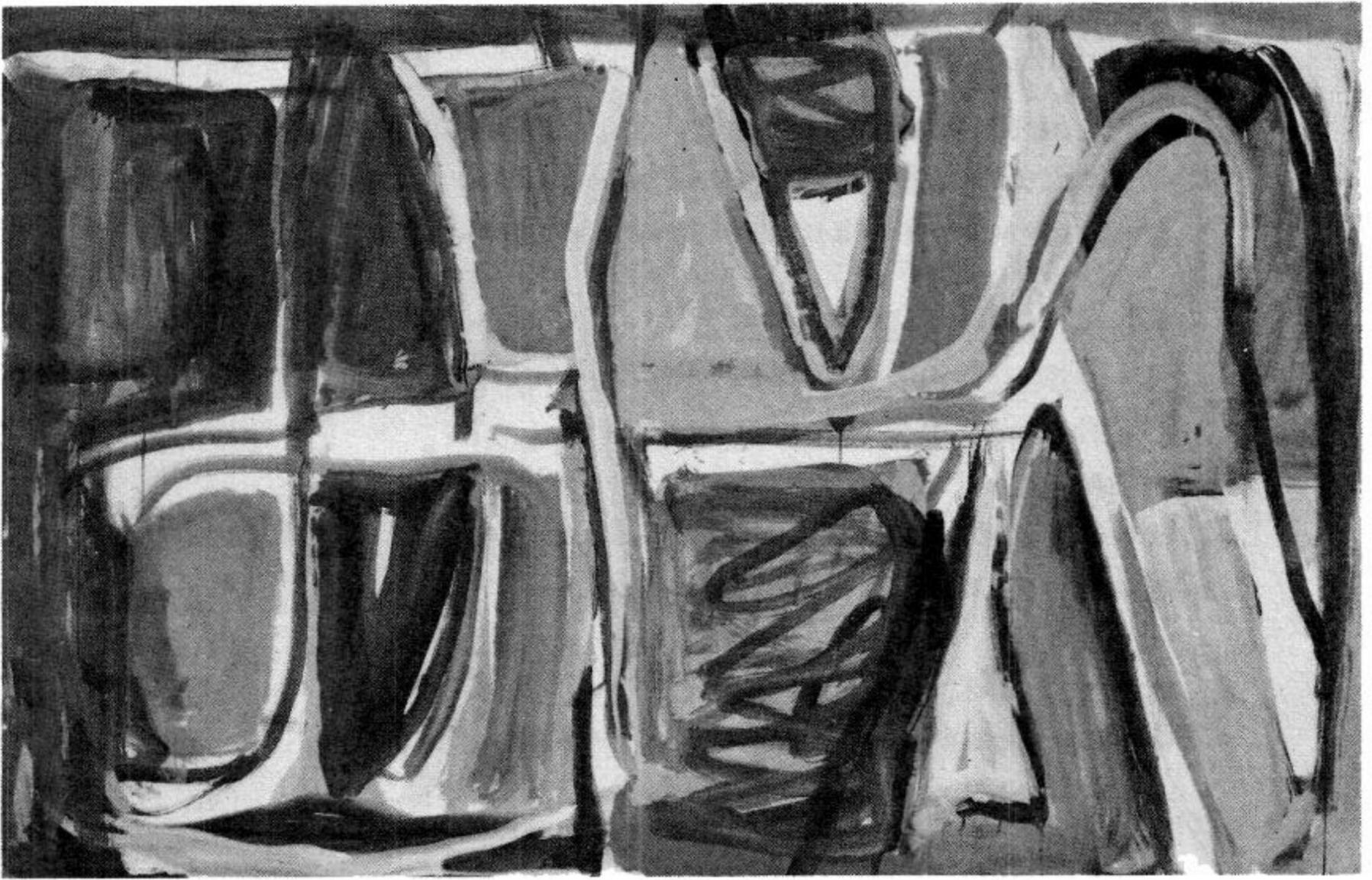
los dos compatriotas (E.C. y
C.M.R.) sentados junto a Teresa, con su respectivo
cáliz y su manera peculiar de mirar a la mujer,
brindan en esa dulce reunión
a la áspera salud de ser diferentes.
Fiel cada cual a su distinta lengua roja
a su pentecostés privado
a su fraude provisional.

Porque es verdad que hacemos fraude.
Porque creemos en el Espíritu Santo hacemos fraude.
Porque aun a costa del fraude y de los juegos
de vocablos, continuamos

para perpetuar la amenaza
inventar la necesidad
mantener el peligro en pie

mientras retornan
esos tiempos que el hombre ya ha conocido antes.

Pentecostés, 1950. Hotel de Bretagne
Rue Cassette. París.



Sin título, 1979.
Gouache.

Memoria para el año viento inconstante

I

Sí. Ya sé.

Ya sé yo que lo que os gustaría es una Obra Maestra.

Pero no la tendréis.

De mí no la tendréis.

Aunque se vuelva, comentando, algún maestro del humor entre vosotros. *–Poco trabajo le costará cumplir...–* Aunque sepa hasta qué extremo las amáis.

Sé cómo amáis la Música.

No la de los negros, por supuesto. Ni la guitarra a lo rasgado, por tientos, esa

brisa seca de uñas y plata. Ni el endiablado

son de la Múcura que está en el suelo, o Rosa de Castilla con su largo alarido al comienzo...

sino ¡BACH!

Ultimamente sobre todo Juan-Sebastián Bach.

Yo os he visto alzar la tapa de la discoteca,

oyendo en vuestros sagrados depósitos

de música estancada cómo cae

el Concierto, y tirar de la cadena

purificados por el suceso musical puro.

¡Con qué libertad respiráis! casi voy a decir
que vivís como hombres por un momento. De tal modo
saboreáis el aire salado de la emancipación
al salir por la puerta, la puerta
giratoria y afelpada –que se traba– del Museo de Bellas Artes.

Y ya cerrarlo con doble llave.
Y haber cumplido con la tercera y última de las variantes de la
Battaglia.

Irse sin dejar nada pendiente con la figura
que toda el pífano y el tambor en el Cristo de los Ultrajes de
Grünewald.

En paz con el exigente Maestro de la Leyenda de Santa Ursula.

Gran día para vosotros.
Ese de la Obra Maestra.

Una antigua necesidad: el holocausto
del propio ser. El deseo
de imponeros algo perenne y tribunal.

Y otro. Más rabioso,
más trémulo: el deseo de tener un pasado.
Un pasado por fin que oponer al maldito presente.

Un pasado adornado con todas sus plumas.
Con su perspectiva de adecuada jerga,
con sus *categorías históricas y su problematismo crítico-cultural*

precisado en función de una radical revisión de ...

Y la larga, accidentada, alucinante teoría de los géneros y los
estilos.

II

Si no estuviera el otro. El difuso
terco mundillo del amanecer.
La pululante línea de la imperfección y el anonimato.

Más informe en el año del hombre y dudosa que
en el año exterior
los renacuajos moviéndose sin dignidad,
que la crisálida de una abeja en su célula
cuando no es sino un poco de saliva ciega y moho,
que esas medusas que olvida el mar
aun sin hacer, translúcidas al asco.

Ahí velaremos.
Como sagaces hijos del siglo.
Como el Iscariote, que no conoció almohada.

Alertas centinelas en la púrpura penumbra
del umbral. Celosos polizontes
con la diestra en la cartuchera de cuero al pie del sicomoro.

Cada hoja tendrá su guardián.
El más mínimo remolino de savia
el tiempo necesario de cumplir su revolución
su breve furor elipsoidal hasta pintarse
como un leopardillo y ya ni Salomón en toda su gloria

(o tendrá más tiempo: todo el vasto y soleado tiempo
de no cumplirla y abdicarse a sí mismo y perderse).

No es una amenaza.
Tampoco exageraremos.

Pero ni un solo murmullo será malogrado.
Ningún lenguaje estéril y ameno brutalizará
los reciéncapullos, los brotes del presente

que asómanse predicando lo que todavía no es cierto.
La fina sombra de una lanza llena de tacto
guardará el paso cálido, distinto al anterior, casi indecente
de una pulsación de segundo. El milagro
de un entendimiento súbito entre dos sangres extranjeras.

Aceptaremos sin entender cualquier discordancia:
el más aprendiz de los palmoteos
el más inventado de los borbollones.

Porque de lo seguro salimos a reposar en lo inseguro.
En lo peligrosamente sesgado como doncella
cortante veloz como desde un puente. Del puente
a lo escapado a lo demasiado huído a lo frío
saltamos
¡impacientes!

Y más si se quiere. Que el tránsito
de una burbuja nos sea viaje largo y fatigante.
Una piragua de papiro en el centro del remolino
es fortaleza,
chato torreón de piedra, ante el inseguro
inestable vacilante hogar
de un corazón inclinado al esbozo.

De un corazón de hombres dóciles flexibles vulnerables
como un colibrí es siempre un colibrí agudo ardiente rápido.
Y más hombres: los que llamaren. Como ese colibrí
es tantos diferentes colibríes agudos ardientes rápidos.
A cada arranque imprevisto ¡un nuevo colibrí sin memoria!

Agua fluctuante y pan preparado sin fatiga,
delicioso como agua desaprovechada que se mira correr
y riqueza no guardada para mañana (recibida prestada
en el viento escrita) agua
móvil como sólo ella sabe serlo y jirones de plata

donde ninguno se repite y de ninguno
es posible hallar vestigio...

Lo que a los planetas eternos les fue negado
y concedido a una chispa: ¡desaparecer! –Ese lujo–
dice el coro. Y vuelta a lo mismo:

de lo seguro para girar a lo inseguro
en lo ondeante adoncellado y con andares aptos para el
desmiembre

el date vuelta

en lo que como lomo de paloma amarillea

y ala untada de plata y gala de la mañana y que pasa
de nosotros con liberalidad projimal

o nos es quitado por asalto

o rechazado (arrebatado por rechazo) o birlado

vulgarmente

o registrado

chabacanamente destruido desplegado

con vocerrón devuelto

con las patas (¡y para nosotros gala de la mañana!)

pero que vuela saca las uñas duerme

vive ahí

–¿en dónde?– ¡aquí aquí en el entornado

desierto mundo del amanecer.

Y no domado dulcificado acorderado

bajo vellocino

sino amenazante!

Managua / mayo

La tardecita eléctrica las calles
los relámpagos al pasar delante
de las casas con salitas abiertas
y muchachas sentadas en butacas
meciéndose los radios encendidos
y la música repentinamente
cortada por un rayo una chispa
una pausa y el trueno el viento el polvo.

Puerto Morazán

El bote sin querer encender
popeando y apagándose el

muelle al atardecer
los guardias con bayonetas

la bandera el agua turbia
sucia la oficinita

el gomero en el escritorio
el retrato del General

y los jevenes invisibles
picando en la humedad

cálida del atardecer
la bombilla eléctrica

prendida pálida y
el temporal y alguien

con un martillo
clavando en la caseta

y nuestros corazones
oprimidos centroamérica

extendida encharcada el bote
popeando apagándose

los jevenes picando
y la bombilla palida

y la llovizna

La puesta en el sepulcro

Cuando ya no me quieras

Cuando ya no me quieras y no podamos estropear
nada

Porque nada estará vivo y confiado

Cuando tú te hayas ido y yo me haya ido
Y todos se hayan marchado
Diremos: "Algo se ha perdido. No mucho
Pero algo esencial –un culto, un lenguaje,
Un rito– está perdido".

Cuando hayamos dejado de ser esto que somos:
Una pareja expuesta al dardo
Desnudo y apremiante
Mal avenida pero bien enlazada
Y nos dispersemos en otros círculos
Y nos disipemos en otras charlas.

Habrà quien diga: "Aquí dos seres carmesíes
Se atraparon. Los vimos balancearse,
Estremecerse, volver a la seguridad
Y caer".

Para entonces, el zumbido del tractor
Rumiándote en el hosco destierro
Volverá a oírse en el fondo del campo
Las chorejas del guanacaste caerán
Con un golpe seco frente al portal

Pero esos rumores de la vida nos llegarán por separado
Y otro sol será tu sol y otra luna será mi luna.

Cuando ya no me quieras

Cuando en la reunión tus ojos
Al encontrar los míos ya no digan: "Espera
A que acabe con estas gentes. Pero mi corazón
te pertenece".

Cuando en las incesantes fases
de tu errabunda búsqueda femenina
Ames a otro
Y te desveles bajo otra antorcha
Y te descalces delante de otro cetro

Cuando transmitas a otro el poder que yo te
transmití
Pensaré agudamente: Ya se le agotará.
Entonces vendrá a mí y no le daré más.

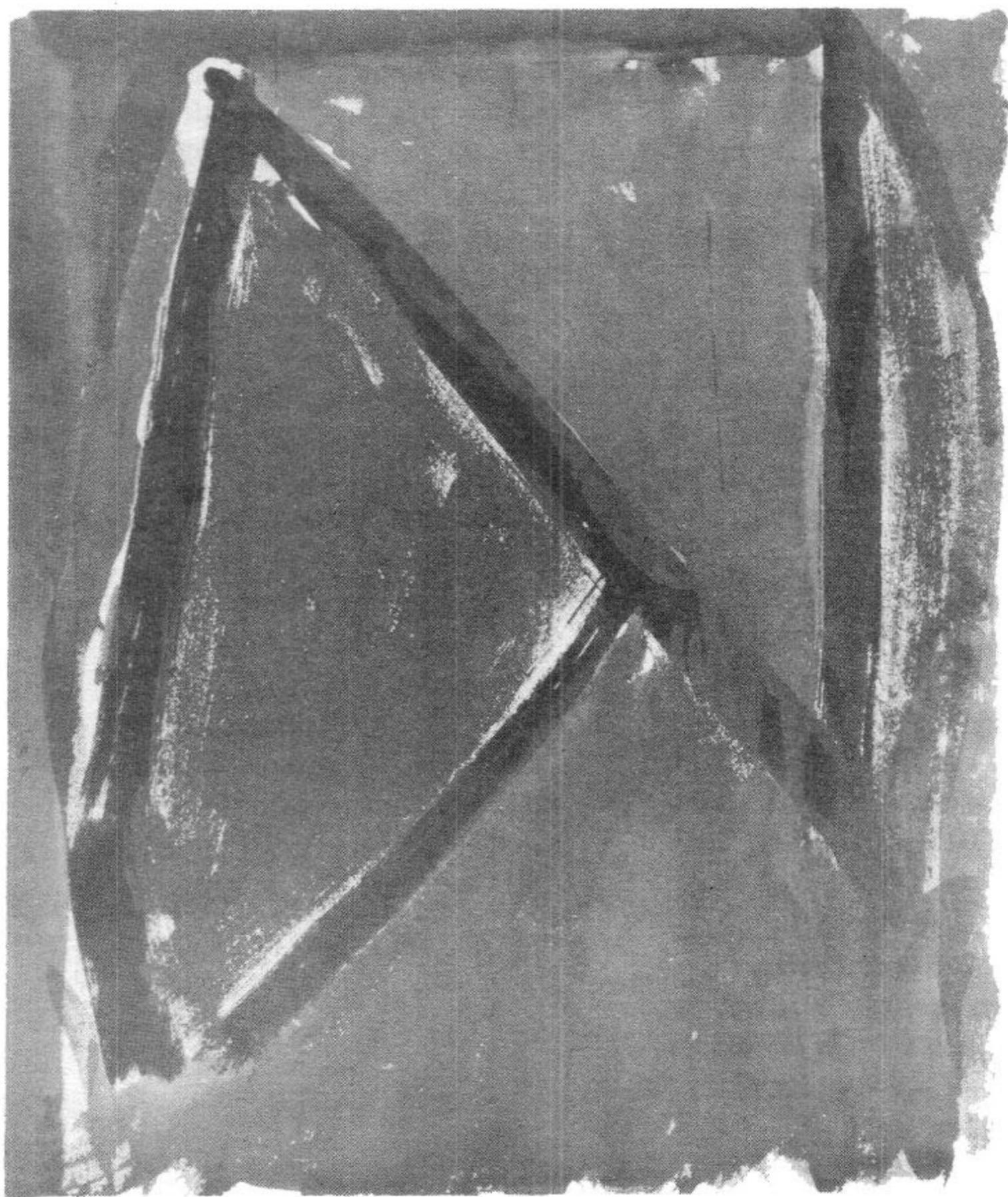
Y así siga por el mundo y a través de los días
Garantizándome en mi frustración y mi orgullo
Como un mendigo sobre un pedestal

Recorriendo el obstruido pasado
Como un sucio canal maloliente en el crepúsculo:
"Aquí estuve brutal. Ahí comenzó el desierto. En
Aquel banco trató de herirme. Tal día..."

Cuando ya no me quieras
Y yo ya no te tema

Cuando contentadizo, trivial, inadecuado
Para la soledad y la amargura
Yo mismo haya olvidado –cuando
Ya no me quieras –que me quisiste

Mantos y mangas de mujeres
Erinnias disfrazadas de monjas
Me depositarán en la obscura y helada tumba
que me busqué.



Sin título, 1981.
Gouache.